

Pelagio dijo al abad:—La voluntad de Dios es que me saquéis de este lugar y me llevéis al de las bestias entre su miseria y corrupción.—Así lo ejecutaron los monjes con grande espanto, y, arrojando el triste cadáver á un estercolero, su cuerpo se convirtió en lo que era y su alma es atormentada para siempre en los infiernos.

2. Cuenta S. Gregorio el Grande que dos nobles señoras religiosas murieron en opinión de santidad, por lo cual fueron enterradas en una iglesia de los monjes de S. Benito. Cerca del lugar donde estaban sepultadas se solía ofrecer el santo Sacrificio, en el cual, llegada la hora de la Comunión, el diácono decía en voz alta: «El que no comulgare sálgase fuera de la iglesia». Entonces la señora encargada de las ofrendas veía á las difuntas que, alzándose de sus frías tumbas, salían á la calle y no volvían hasta concluida la Comunión. Llegó este notable suceso á noticia de S. Benito, y éste ordenó que se hiciesen especiales ofrendas á nombre de las difuntas. Ejecutóse de este modo y dejó de repetirse la visión (1).

3. Refiere un célebre autor (2) que la famosa Comunidad de religiosos jerónimos de la *Murta*, (Valencia) tuvo que celebrar la procesión del Corpus; y como no hubiese bastantes religiosos para acompañar al Santísimo, al pasar por la sepultura común vió con gran asombro que, abriéndose ésta de repente, salieron los monjes difuntos y, colocándose en dos filas delante de la Custodia, la acompañaron durante el trayecto que recorriera la procesión, finalizada la cual, se entraron en el sepulcro, cubriéndolos la fría losa.

Nadie extraña semejante prodigio, pues refiérese en la vida de Fr. Vicente Martín, (3) de oficio sacristán, y amantísimo de la Eucaristía, que, andando una vez muy solícito en encender unas velas para la procesión del Sacramento, que se celebraba por haber cesado la peste en su convento, al entrar en el templo y acercarse á la Custodia,

(1) Lib. Dialog., cap. 23.

(2) Historia de Valencia, por Escolano.

(3) Historia general de Valencia, por Villanueva. lib. 6, cap. 21.

oyó que le decía el Señor: «Fr. Martín, mira todos los religiosos que fallecieron durante la peste». Dirigió aquél su vista hacia la procesión y vió á los religiosos difuntos de la pasada epidemia acompañar á Jesús Sacramentado.

4. Juan Vilano (1) y S. Antonino de Florencia refieren (2) que en 1324, día de la Epifanía del Señor, se apareció á muchos en Alesio, el alma de un hombre llamado Guillermo Corni, el cual pocos días antes había fallecido, y contaba cosas de la otra vida, particularmente de las penas que sufría en el purgatorio. Fué á oídos del P. Prior de dominicos de la misma ciudad, quien, para convencerse de la veracidad del hecho, y para estorbar las malas artes del demonio, que podía figurar muy bien en estos actos, tomó la Custodia con el Sacramento y llegóse al lugar de la aparición. Por el nombre del Dios vivo mandó al aparecido dijese quién era y qué solicitaba; mas el espíritu, conociendo lo que el religioso llevaba en sus manos, dijo en primer lugar: «Tú llevas en tus manos al verdadero Dios y Salvador del mundo». ¡Confesión más clara y solemne del dogma de la Eucaristía, no podía darse!

Artículo VI.—Los mismos espíritus malos han asentido al dogma de la Eucaristía

1. Admirable, pero horrible fué el caso que voy á insertar, sucedido en uno de los pueblos de Cataluña. Cierta sujeto comulgó sacrílegamente en la recepción del santo Viático; y sin penitencia, pasó de este mundo al eterno. Hacía ya algunos días que había sido enterrado, cuando de improviso se presentaron al Sr. Cura del lugar, dos raros jóvenes, que en lo exterior parecían estudiantes, y le rogaron les acompañase al Campo santo pues deseaban saber en qué lugar se hallaba la huesa del difunto N. que pocos días antes había fallecido. El buen sacerdote accedió gustoso á la petición de los extraños viajeros, y, poniéndose los tres en marcha, he ahí que á la mitad del camino observó aquél

(1) Lib. 9, cap. 234.

(2) 3. part., tit. 21, cap. 5, § 8.

que los cuerpos de ambos jóvenes, careciendo de piernas humanas, llevaban unas como sendas patas de pollo. Mudóse el color del rostro, pero pudiendo disimular su espanto, llegó al cementerio donde indicó á los monstruos la sepultura del finado. Á seguida éstos, valiéndose de sus garras, desenterraron al difunto y, abriéndole furiosamente la boca, mostraron al párroco la Sagrada Hostia que permanecía aún incorrupta en medio de tanta podredumbre. Invitando al sacerdote á que la extrajera, cogióla el ministro del Señor, mientras que los horribles seres sostenían al difunto, abierta su boca. Una vez que hubieron cumplido su oficio, los espantables jóvenes desaparecieron al instante.

He aquí á la Eucaristía en toda su realidad. Los falsos estudiantes eran ciertamente dos infernales espíritus vestidos del traje humano, que el Altísimo envió para que por su medio, uno de sus ministros extrajese de la boca del impenitente la santa Hostia. Si la Eucaristía no es nada, ¿por qué en medio de las asquerosas sabandijas se conservó incorrupta? ¿Por qué el caso de venir dos espíritus infernales, mandados por Dios para que la extrajeran de tan inmundo lugar? ¿Por qué eso de llamar á un ministro apto para la dispensación de este Sacramento? Circunstancias son éstas que á cualquier incrédulo, haciéndole entrar en sí mismo, le hacen confesar que el objeto del prodigio, ó sea la sagrada Forma, es algo más que pan.

2. Refiere Fr. Fernando del Castillo, que en 1370 aparecieron en el refectorio de dominicos de Nápoles unos feísimos demonios vestidos con hábitos de la Orden de Santo Domingo, los cuales se sentaron en la mesa, no habiendo medio alguno para poderlos ahuyentar. Entonces el Prior ordenó que sus frailes fuesen á la Iglesia, y él mismo, cogiendo el Santísimo Sacramento, se dirigió con sus religiosos en procesión al refectorio; los espíritus infernales, al paso de la sacramental procesión, se levantaron é inclinaron sus cabezas, respondiendo finalmente á las preguntas que les hizo el prelado en nombre de Aquél que ostentaba en sus manos (1).

(1) Historia general de la Orden de Predicadores, part. II.

3. El mismo ángel caído, valiéndose de una posesa, hizo comprender á un judío que Cristo Señor Nuestro, siendo uno solo, está á un tiempo mismo en todas las hostias consagradas. El hecho fué el siguiente: (1) Estaba un israelita en una plaza pública, juntamente con otras muchas personas devotas, entre las cuales se hallaba la posesa. Pasó por allí un sacerdote llevando el santo Viático y, al momento, todos cuantos estaban en la plaza se arrodillaron para adorar á Jesús Sacramentado, menos el judío que permaneció de pie sin dar la señal más mínima de reverencia. Tan pronto como la endemoniada se apercibió del caso, levantóse, y armada de ira, le dió un terrible bofetón, quitándole con violencia el sombrero.—Desgraciado, le arguye: ¿Por qué no rindes homenaje al verdadero Dios que está presente en este Divino Sacramento?—¿Qué verdadero Dios? replicó el judío; si así fuese, pudiera decirse que hubiese muchos dioses, puesto que, cuando se celebra la Misa, hay uno en cada altar.—La endemoniada que oyó tales palabras, se apresuró á coger una criba y, poniéndola frente al sol, dijo al judío que mirase los rayos que pasaban por los agujeros, añadiendo:—Dime, judío, ¿son muchos los soles que atraviesan esta criba, ó no hay más que uno?—El judío contestó que no había más que uno solo, no obstante la multiplicación de los rayos.—¿Por qué te asombras, pues, repuso la posesa, de que un Dios hecho Hombre, aunque uno, indivisible é inmutable, se ponga por un exceso de amor, real y verdaderamente presente bajo los velos del Sacramento y sobre muchos altares á la vez?—Esta reflexión fué suficiente, dice S. Leonardo, para confundir la perfidia del israelita, el cual se vió obligado á confesar la fe.

Artículo VII.—La salud conseguida mediante el Santísimo Sacramento es prueba evidente de la veracidad de este Misterio

1. Los que niegan la real presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía vean si pueden desentenderse de estos dos milagros obrados en confirmación de la misma. En la ciudad

(1) Tesoro escondido, lugar cit.

de Rochela, todos los años, el día 13 de Abril, se recuerda un estupendo prodigio obrado á favor de un niño. Éste, que en 1461 se hallaba privado enteramente de la palabra, era muy dado á la piedad, y sólo se encontraba bien en la iglesia. Llegó el día de Pascua y, oyendo Misa juntamente con su madre, vió que el sacerdote daba la Comunión al pueblo. Al momento brilló aquel rostro angelical, indicando con vivos ademanes los vehementes deseos que tenía de recibir á Jesús Sacramentado. Viendo la madre que sus ansias eran verdaderas, é inspirada sin duda de Dios, rogó al ministro del Altísimo concediese la Comunión á su hijo, mas aquél no lo juzgó conveniente. Al notar el niño semejante negativa, se postró á los pies del sacerdote, suplicándole se la otorgase, mientras que la madre lloraba de pena á la par que de alegría. Entonces, conociendo el sacerdote que el mismo Señor á quien solicitaba el niño, era quien impulsaba el deseo accedió á la demanda; mas ¡oh milagro! en el instante mismo que la santa Hostia tocó la lengua del pequeñuelo, prorrumpió éste con voz angelical: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*. Al niño se le había restituído el habla. Admirada como es de suponer la madre, le preguntó:—¿Eres tú quien hablas, hijo mío?—Sí, contestó su hijo alegremente; sí, madre mía, gracias á Dios.—Sabedor todo el pueblo del prodigio entonó un *Te Deum laudamus*, en reconocimiento de semejante beneficio (1).

2. En la vida de Santa Catalina de Génova (2) se refiere que un día en que esta santa se encontraba gravemente enferma, de suerte que los médicos la habían dado ya por desahuciada; ella, recibiendo luz de lo alto, hizo conocer á su confesor que para recobrar la salud no le faltaban más que tres Comuniones. En efecto, el confesor se las administró y después de la tercera se halló completamente curada.

3. La Eucaristía es la gran farmacia del Omnipotente. Más adelante he de ocuparme con extensión de este pun-

(1) Casanueva, Catec. de ejemplos, part. 7, pag. 339.

(2) Cap. 8.º de los autos de su canonización.

to y lo confirmaré con probados hechos; pero ahora no puedo menos de consignar el siguiente milagro, en corroboración de los que he aducido. En el año 1529, tiempo en que tan desenfrenada circulaba la herejía de Lutero, quiso el Altísimo mostrar que su Hijo Jesucristo se halla real y verdaderamente presente en la Eucaristía. Isabel de Gerven Buscoduci, esposa de Enrique de Gerveren, á causa de un trabajoso parto, se había debilitado y enfermado tan gravemente, que sin la ayuda de dos báculos no podía dar un paso. Con ellos fué con dificultad á Bruselas, á tiempo en que se celebraba la procesión solemne del Santísimo Sacramento, y, siguiéndola detrás, llegó á la iglesia, en la que puesta de rodillas, con gran fe y devoción clamó al Señor Sacramentado para que la aliviase de su pesada fatiga. Habían colocado la Custodia sobre el altar mayor y podía muy bien la paciente fijar sus ojos en ella. Inmediatamente después de formulada la petición, conoció que el Sacramento Divino se la había otorgado; sintióse sana y fuerte y, no pudiendo contener su alegría, animada de la gratitud, cogió ambos báculos, y presentándolos á Sebastián Miguel, receptor de las ofrendas, exclamó al mismo tiempo:—¡Ah, Señor mío! Tomad estos dos báculos, pues yo gracias á Dios estoy buena.—Creyó el sacerdote que su interlocutora deliraba, por lo cual la dijo:—Mujer; dime, te ruego, ¿qué cosas nuevas te han sucedido?—Señor, contestó ella; desde hace seis años no podía andar sino con estos báculos; pero ahora, ya me véis, estoy bien, puedo andar (1).—Efecto de este prodigio, mandó el emperador Carlos V se quemasen los escritos de Lutero, y concedió perdón á los sectarios de éste, si, llegado el día prefijado en su real orden, le condenasen con sus escritos; mas si persistiesen en sus heréticas doctrinas, serían llevados al último suplicio.

Artículo VIII.—La necesidad que tiene el hombre del alimento corporal prueba en los que no lo hubieron menester la realidad del dogma de la Eucaristía

1. Muchos santos pasaron semanas, meses y hasta con-

(1) Teodorico Loer in libro de Euch. mirac. Brux. edit.

tados años sin probar bocado material; sólo con el sustento de la Eucaristía sobrellevaron las cargas de la humana flaqueza. Santa María Ogniacen pudo pasar un mes entero; Santa Catalina de Sena por mucho tiempo no probó manjar alguno corporal; otro tanto se vió en una jovencita schimadense, y Juana Meltes, de Inglaterra, vivió toda su vida con la Eucaristía sola. De algunas otras siervas de Dios se refiere que pasaron con sola la Eucaristía por el espacio de cinco, diez y aún quince años. Me resta aquí preguntar al incrédulo, si alguno puede pasar tantos años ¿qué digo años? una semana con sólo una rodajita de pan, en el supuesto de que la Eucaristía no fuese otra cosa que puro pan? Si, pues, nadie tendrá la osadía de asegurarlo, luego la Eucaristía es algo más que pan, ese algo tiene más poder que lo humano y que lo angélico, puesto que éstos no pueden dar de sí efectos semejantes: luego ese algo ha de ser precisamente lo que enseña la Iglesia Católica.

Artículo IX.—El Espíritu Santo ha declarado visiblemente que Jesucristo se halla presente en el Sacramento del Amor

1. Había S. Ainón consagrado la especie de pan en la Misa, é iba como es natural, á consagrar el cáliz, cuando de repente bajó del cielo un resplandeciente globo de fuego y se entró en el vaso sagrado. No sabiendo si proseguir, fuéle inspirado que continuase la Misa, pues aquel globo era el Espíritu Santo (1).

2. S. Bernardo cuenta de S. Malaquías, que, al celebrar el santo Sacrificio, entraba en la iglesia una bellísima paloma y se colocaba en la cruz del altar (2).

3. De muchos santos refieren sus historias verídicas, que, al tiempo de consagrar, y mientras Jesucristo permanecía Sacramentado sobre los corporales, un hermoso globo de fuego circuía sus cabezas, en atestación de su real presencia en las especies sacramentales.

(1) Surio, tom. 6.

(2) Vida de S. Malaquías.

Artículo X.—Otros insignes prodigios confirman la existencia de nuestro dogma Eucarístico

I. El siguiente caso se halla íntegro en una carta del Pontífice Inocencio III, (1) dirigida al arzobispo de Sens (Francia) y es objeto de la misma. En el año 1213 cierta mujer cristiana habitaba en casa de su propio padre, judío de profesión, y los sectarios de la religión de éste, pretendían engolfar á la cristiana en sus errores. Lo consiguieron; mas, temiendo la mujer incurrir en la pena si negaba públicamente la fe de Cristo, entró día de Pascua de Resurrección en el templo, y, recibiendo la Eucaristía, pero reteniéndola en la boca, la arrojó, al llegar á casa, en las manos de su mismo padre, diciendo estas palabras:—He aquí á mi Salvador, como aseguran los cristianos.—El protervo judío fué á ponerla dentro de una cajita que tenía vacía, pero en el mismo instante llamaron á la puerta de su casa y, temiendo le cogieran in fraganti, con la prisa de abrir, colocó la Hostia en otra cajita, la cual, ignorándolo él, contenía siete libras parisienses. Abrió la puerta, y sin detenerse, fué de nuevo al negocio anterior, y al buscar la santa Hostia en la cajita vacía, no la pudo encontrar. Buscó en las demás cajas que por allí tenía y, al abrir la que encerraba las siete libras, vió, todo confuso, que estaba llena de hostias. Amedrentado y sin saber lo que le pasaba, llamó á sus amigos, á quienes contó lo extraordinario del caso. Comenzó asimismo, con un papelillo á echar las hostias de la cajita para hallar la que él había puesto, (que estaba humedecida) y ni pudo distinguir la de las demás, ni encontrar las siete libras mencionadas. Entonces él y sus amigos confesaron que aquello era un milagro de la diestra de lo alto, efecto de lo que, se convirtieron al Catolicismo. El hebreo, de quien hemos hecho mención, se presentó al papa Inocencio III, y le hizo relación de lo sucedido. Este Pontífice escribió una carta al arzobispo citado, en la cual recomienda á los nuevos conversos (2).

(1) Epist. 85.

(2) Rainald, ad ann. 1213.

2. Refiere S. Francisco de Sales, que en la Provenza había un caballero cristiano muy fervoroso que tenía grande amor á Dios por la ardentísima devoción que profesaba al Santísimo Sacramento. Sucedió que, habiéndole sobrevenido una grave enfermedad, que le conducía á las puertas de la muerte, suplicó al cura le trajese el sagrado Viático, aunque no podía recibirle á causa de los continuos vómitos. Entonces, en vista de esta desgracia, rogó al ministro del Señor colocase la santa Hostia sobre su pecho y, ¡oh prodigio! al verse el santo caballero con su amado Jesús, fueron tales los ardientes deseos de recibirle, que de la vehemencia del amor divino, se le partió el pecho y Dios Nuestro Señor, repitiendo el milagro que en trance semejante había obrado con S. Buenaventura, se entró dentro de su corazón, y expirando al momento, voló al cielo á recibir el premio del amor que en esta vida tuvo á Jesús Sacramentado (1).

3. De todas las maravillas mencionadas, la mayor y más excelente es la que este Venerable Sacramento causa á diario en las almas. Esa elevada santidad que engendra en los corazones de los fieles; esa profunda humildad, esa invicta paciencia, esa heroica caridad, ese vivo deseo del espiritual aprovechamiento, ese desprecio del mundo, ese anhelo por las cosas celestiales, esa unión con Dios y esa fraternidad con el prójimo; la paz y gozo espiritual, la largueza y bondad, la benignidad y mansedumbre, la modestia y castidad: ¡Ah! es que el deífico Sacramento engendra vírgenes, y de tal manera contiene los apetitos más groseros, que quienes son arrastrados de ellos, si desean entregarse á la frecuente Comunión con las condiciones debidas, yo les prometo la victoria sobre sí mismos, que será más célebre que las que los más esforzados campeones alcanzaron en la serie de los siglos. Por eso, quien no crea que Jesucristo está en la Eucaristía, que indague la vida y costumbres de los cristianos que saben aprovecharse de las Comuniones, y el resultado de semejante examen será la prueba más evidente del dogma Eucarístico.

(1) Práctica del amor de Dios.

He concluído el asunto de los milagros de la Eucaristía, y por ellos hemos visto prácticamente la real presencia de Nuestro Señor bajo las especies de pan y vino. Réstame ahora bendecir al Autor de los milagros, diciéndole con el real Profeta: «Muchas obras maravillosas hiciste, Señor (1)». «¿Quién semejante á Ti que solo haces prodigios? (2)». Tú nos mandas que cantemos y anunciemos tus estupendas obras (3) por todos los pueblos; pues nosotros las narraremos (4) por palabra y por escrito, de noche y de día; nosotros con vuestra gracia haremos ver á los mismos incrédulos que estos extraordinarios milagros confirman perennemente vuestro Misterio adorable.

(1) Ps. 39, v. 6.
 (2) Exod. 15, 11.
 (3) Ps. 95, 3.
 (4) Ps. 74, 2.